

EL RAYO VERDE

Le rayon verte
Eric Rohmer, 1986

UNA EMPATÍA IMPOSIBLE

Soy consciente de que poner objeciones a Eric Rohmer, uno de los cineastas más humanos, sensibles, profundos y vitalistas de la historia, bordea la extravagancia (sacrilegio, dirían los que se acercan al cine como a una religión). Pero es que me cuesta tanto empatizar con la protagonista de este relato. Alguien que renuncia a comerse un huevo frito por remilgos morales, que rechaza un paseo en barco por no tomarse una biodramina, que rige su conducta por el albur y las supersticiones... Vale que para algunas personas es difícil encontrarle un sentido a la vida, pero si al menos pusieran algo de su parte.

Entre 1981 y 1987, Rohmer realizó un ciclo de seis películas que llamó "Comedias y proverbios". "El rayo verde" es la quinta, y tiene poco de comedia y aun menos de proverbio, porque poca enseñanza puede sacarse de ella. A menos que aceptes que ver un rayo verde te hace "capaz de comprender tus propios sentimientos y los de los demás", como afirma Julio Verne (según uno de los personajes) en la novela que da título a esta película.

Cada entrega de este ciclo va precedida por un epígrafe. En esta ocasión se trata de dos versos de un poema de Rimbaud: "Ah! Que le temps vient / ou les coeurs s'éprennent!" (¡Ah! ¡Que llegue el tiempo / en que los corazones se enamoren!)¹.

La invocación es sugestiva, pero la historia narrada es tan anodina, y en algún momento desesperante, como la vida del personaje retratado, Delphine, una mujer de unos treinta años que trabaja de secretaria en París y no sale con ningún hombre, aunque se aferra a la idea de que Jean-Pierre, con el que salió durante un tiempo y al que no ve desde hace dos años, aún es su novio. Gracias al autoengaño, Delphine ha conseguido retrasar el momento de admitir que su vida no es más que un binomio de soledad y aburrimiento. Pero esta demora toca a su fin cuando la amiga con la que Delphine iba a pasar las vacaciones la deja colgada.

Delphine tiene varios planes alternativos, pero ninguno la complace. Sin demasiada convicción, acepta la propuesta de una amiga de pasar un fin de semana en Cherburgo con ella, su novio y unos amigos. Sin embargo, no logra integrarse con el grupo: mientras los demás celebran la aparición de una bandeja de chuletas sobre la mesa, ella se niega a comer carne. Ni siquiera acepta la oferta de un huevo: algún reparo moral, que no acierta a explicar de un modo satisfactorio, le impide alimentarse de algo que debe ser matado para ser comido (sin embargo, en su confusión, reconoce que a veces come pescado). También rechaza dar un paseo en barco, porque se marea. En definitiva, Delphine se aburre, se siente extraña y se echa a llorar. Es algo que hace a menudo sin que sepa explicarse el motivo.

De vuelta a París, Delphine deambula por las calles. Emprende otro viaje, esta vez a la montaña, con la intención de pasar unos días, pero se vuelve nada más llegar. Otra escapada la lleva a las playas de Biarritz. Allí conoce a una sueca muy liberal que le propone salir con un par de chicos, pero la conversación precedente al ligue es tan insustancial que Delphine se levanta bruscamente y se aleja del grupo. Ella no busca el sexo ocasional, es soñadora, espera la llegada de un hombre maravilloso tal y como le vaticinaron. Porque Delphine es supersticiosa, cree en las cartas y en el horóscopo. A su edad, sigue esperando al príncipe azul (en su caso, verde porque así le ha sido anunciado). Es decir, es una adulta que mantiene la estructura sentimental de una adolescente. Identifica su distanciamiento de los hombres con la conservación de una cierta virginidad de espíritu, pero contradice esta vocación cuando afirma que ya no cree en los hombres. Son las incoherencias propias de su edad, no la biológica, sino la emocional.

Todo parece perdido. Y, de pronto, de un modo inesperado, Delphine escucha una conversación sobre “El rayo verde”, la novela de Verne, cuya heroína, al borde de la desesperación, logra ver ese último destello del sol que le hace comprender el sentido de su vida. Ese día, mientras aguarda en la estación el tren que la llevará de regreso a París, abatida, derrotada, Delphine conoce a un joven y, por primera vez, vence su escepticismo acerca de los desconocidos, se abre y le propone ir a ver la puesta de sol. Ese atardecer, Delphine logra ver el rayo verde y recobra la alegría de vivir. Aunque, por todo lo visto, hay razones para suponer que este entusiasmo será como el rayo verde, un brillo efímero en el ocaso. En fin, algún final había que ponerle a la historia, aunque fuese tan inconsistente como su protagonista.

En el Festival de Cine de Venezia “El rayo verde” obtuvo el León de Oro a la mejor película y el premio FIPRESCI (Federación Internacional de la Prensa Cinematográfica).

¹ El poema se llama “Chanson de la plus haute tour”, y pertenece a la tetralogía “Fêtes de la patience”, escrita en mayo de 1872. Dice:

Oisive jeunesse
À tout asservie,
Par délicatesse
J'ai perdu ma vie.
Ah! que le temps vienne
Où les cœurs s'éprennent.

Je me suis dit : laisse,
Et qu'on ne te voie :
Et sans la promesse
De plus hautes joies.
Que rien ne t'arrête
Auguste retraite.

J'ai tant fait patience
Qu'à jamais j'oublie;
Craintes et souffrances

Aux cieux sont parties.
Et la soif malsaine
Obscurcit mes veines.

Ainsi la Prairie
À l'oubli livrée,
Grandie, et fleurie
D'encens et d'ivraies,
Au bourdon farouche
De cent sales mouches.

Ah! Mille veuvages
De la si pauvre âme
Qui n'a que l'image
De la Notre-Dame!
Est-ce que l'on prie
La Vierge Marie ?

Oisive jeunesse
À tout asservie,
Par délicatesse
J'ai perdu ma vie.
Ah! que le temps vienne
Où les cœurs s'éprennent.